

Prólogo de Mabel Thwaites Rey al libro ***El socialismo enraizado. José Carlos Mariátegui: vigencia de su concepto de socialismo práctico*** del escritor argentino Miguel Mazzeo (Lima, Fondo de Cultura Económica, 2013).

Prólogo: Pequeño aviso para leer a Mazzeo, que lee a Mariátegui

Volver sobre la obra de un clásico siempre es un desafío que encierra grandes riesgos y posibilidades. Un autor es clásico si, además de ser un intérprete lúcido de su tiempo, sus percepciones trascienden lo epocal y continúan siendo productivas para entender las problemáticas del presente, por eso suele ser recuperado una y otra vez, bajo las circunstancias que se renuevan en la historia. De ahí que el principal peligro resida en un retorno superfluo sobre lo vastamente transitado, sin demasiado aporte ni originalidad. A la vez, y como contracara, la mirada de los grandes pensadores puede ser una linterna poderosa para iluminar los dilemas del presente.

Miguel Mazzeo ha tomado el riesgo de llevarnos a leer nuevamente a José Carlos Mariátegui, uno de los grandes teóricos y políticos de Nuestra América, y ha logrado no solo sortear las trampas de la obviedad o la banalización que tienden siempre las revisitas, sino que nos ha abierto las compuertas para dejar fluir hacia el futuro las potentes intuiciones y los anhelos del peruano. Su lectura mariateguiana a partir de la noción de “elementos de socialismo práctico”, así, teje el lazo exacto entre lo dicho y lo actuado en su perspectiva histórica por el Amauta y aquello que sedimenta como fermento para abonar el camino emancipatorio de las luchas populares del presente, que es lo que inquieta a Mazzeo y por eso consigue conmovernos especialmente con su aporte.

Un rasgo central de este libro es que refiere a un hombre firmemente arraigado en su tiempo, con la mente y las entrañas, y está escrito por otro hombre comprometido a fondo con la militancia social y política de nuestros días. Mazzeo toma del peruano más que las palabras y la modalidad del ensayo como cauce propicio para unir rigurosidad intelectual y belleza, razonamiento medido y pasión sostenida. Toma la esencia del compromiso activo con el hacer transformador de su tiempo. Por eso es capaz de penetrar a fondo en el pensamiento de Mariátegui y traducirnos al traductor y traerlo a caminar con nosotros en la búsqueda de un horizonte de cambios radicales. Mientras Mariátegui traduce la vocación universal del marxismo a la realidad específicamente peruana y latinoamericana, traduce Mazzeo los hallazgos de las miradas comunitarias, indígenas y campesinas del pensador andino, a las necesidades y anhelos de las llanuras urbanas. Ese puente traductor, entendida la traducción en el buen sentido de lazo de inteligibilidad que posibilita la comunicación genuina y el intercambio profundo, que enriquece y habilita la acción, que construye y expande nuevos sentidos, es el aporte fundamental de la sólida obra que nos ofrece Mazzeo sobre un pensador insoslayable para entender –y transformar– Nuestra América.

Aupado en la tradición ética y estética mariateguiana, el autor de este libro construye un ensayo de una erudición no escolástica, sino generosa por la abundancia de fundamentos que le prodiga al lector interesado –más allá de conocer la vida y obra de Mariátegui, para lo cual este libro es muy oportuno– en el combate de ideas, en la disputa intelectual y moral por el socialismo. La pasión y el compromiso militantes, imbricados con el rigor que se espera de la academia, se ponen en la obra que prologamos al servicio del convencimiento por la vía de la argumentación paciente, minuciosa y de rigor rotundo, en la disputa por modificar las relaciones de fuerza que hoy sostienen al capitalismo. Mazzeo logra sobradamente el propósito que enuncia en su introducción, al admitir su vocación de intervenir teórica y políticamente en el presente en el que vibra y batalla, tal como lo hizo Mariátegui en su tiempo.

Uno de los ejes más notables sobre los que se sostiene la actualidad del Amauta radica en su rechazo a la pretensión de que para llegar a construir una sociedad de nuevo tipo, superior, socialista, haga falta pasar por las fauces del capitalismo, como etapa inexorable no solo a transitar, sino a procurar

activamente. Con su mirada original y creadora, Mariátegui rechaza de plano el etapismo en Perú y en América Latina, es decir, la concepción en boga en su tiempo, que postulaba el pasaje por el capitalismo –en su versión clásica y modelizada– como estación ineludible e imprescindible para arribar al socialismo. Sobre todo, en la versión que suponía la tarea de destruir todo vestigio de relaciones pre-capitalistas, consideradas atrasadas y disfuncionales para la máxima expansión de las fuerzas productivas y el despliegue del territorio burgués sobre el cuál construir la superación socialista. Anticipándose en varias décadas a la discusión sobre el carácter capitalista o feudal de la colonización de América y a los debates del dependentismo, Mariátegui advierte que las características de las relaciones sociales en Perú, y en otros territorios de Nuestra América, no pueden ser sometidas sin más al esquema teórico-analítico lineal de cierto marxismo ortodoxo y estrecho. En cambio, ahonda en la peculiaridad de las relaciones sociales peruanas –impregnadas por las formas comunitarias– y plantea que durante todo el período colonial y después de su derrocamiento, subsistieron en Perú comunidades indígenas campesinas con formas de relacionamiento social compatibles con el socialismo. Estos “elementos de socialismo práctico” suponen, para Mariátegui, una base importante e insoslayable a la hora de pensar en la superación de la dominación capitalista en sus tierras. Porque lejos de ser una rémora a erradicar, podían resultar el fundamento real –material– para la construcción y despliegue de relaciones socialistas de nuevo tipo en América Latina, en la medida en que podían proporcionar un suelo firme de subjetividades comunitarias donde sembrar la solidaridad y la cooperación imprescindibles para fundar el socialismo.

Con enorme agudeza, Mariátegui entiende tempranamente que las condiciones de despliegue del capitalismo son muy distintas en los países centrales que en los de la periferia. Por eso rescata la esencia de las tesis marxistas pero rechaza entenderlas como fórmulas canónicas a aplicar de modo idéntico, en todo tiempo y lugar. Es decir, desde su perspectiva, el comprender que el capitalismo preña las condiciones materiales que harán posible el socialismo, como rasgo histórico general, lejos está de eximir un análisis profundo sobre cómo se dan tales condiciones en cada territorio específico y de qué modo, entonces, pueden ser superadas por formas socialistas de vocación

universalista. Entiende el peruano que la perspectiva de comprensión y encuadre general –universal– del capitalismo ha sido muy diversa desde un comienzo, por lo que también serán diversas las formas de despliegue socialista. Y ahí podemos preguntarnos, con Mariátegui, para qué sería preciso, en sociedades periféricas que no alcanzaron estadios más avanzados de desarrollo capitalista, dar el rodeo de la revolución burguesa para llegar, finalmente, a formas sociales que propugnan lo comunitario socialista, si ya en las propias prácticas pre-colombinas, por caso, existían formas comunitarias a rescatar. Y aquí el sentido de rescate, como señala Mazzeo, no se refiere a las condiciones materiales de producción y reproducción concretas –con su inevitable atraso en términos del desarrollo de sus fuerzas productivas–, sino a las formas de relacionamiento subjetivo imprescindibles para crear sociedades igualitarias, horizontales, fraternales; en suma, socialistas. Por qué destruir, se preguntaba Mariátegui, aquellos gérmenes socialistas subsistentes en las prácticas ancestrales y no, en cambio, tomarlos como punto de partida relacional para encaminarse hacia modos de existencia de la vida social más avanzados.

Esta noción de “elementos de socialismo práctico” que destaca Mazzeo de la obra de Mariátegui, tiene una afinidad notable con la idea de prefiguración que se puede leer en Gramsci. Y no solo en el Gramsci que encuentra en los consejos de fábrica obreros los gérmenes de una nueva forma de articulación social, a la manera de los soviets, sino en la intuición desplegada asimismo en la etapa carcelaria, sobre los “núcleos de buen sentido” que anidan en el “sentido común” popular. Los rasgos de solidaridad básica, de construcción cooperativa, de rebeldía ante la opresión, de lucha y, también, de organización espontánea, son todos elementos anticipatorios, podemos decir con Gramsci, de formas de sociabilidad alternativa a desplegar y expandir. Y tales formas aparecen hoy mismo en las prácticas cotidianas de los sectores populares, en estrategias defensivas e, incluso, proactivas para cambiar sus condiciones de vida, por lo que es tarea primordial de la militancia comprometida contribuir para que puedan ampliarse, fermentar, desarrollarse y multiplicarse como formas de producción y de relación contrarias a las capitalistas hegemónicas.

En este plano, las miradas de Gramsci y de Mariátegui son profundamente materialistas, pues no se fundan meramente en deseos ilusorios postergados al

porvenir, o planteados en el hoy como esfuerzos morales desgajados de las condiciones generales, sino que se sostienen como rasgos concretos y específicos de las prácticas reales de los sectores populares. Las condiciones de posibilidad de construir “desde ahora” las bases para una sociedad de nuevo tipo, a partir de los elementos existentes y con las características que éstos presentan en cada espacio territorial específico, es un fundamento central de la perspectiva emancipatoria, gramsciana y mariáteguiana. Porque implica no posponer para un hipotético día en el que las condiciones materiales develen la posibilidad de arribar al socialismo -ese famoso día D de la revolución, a partir del cual debería iniciarse un tiempo nuevo-, sino que supone ir desplegando la socialidad alternativa ya existente y ayudando a construir desde el ahora, desde el laborioso hacer cotidiano, los nuevos elementos que la configuren.

Es interesante el énfasis que ponen Gramsci y Mariátegui en las posibilidades de encontrar formas de sociabilidad solidaria, horizontal y cooperativa que pueden desarrollarse previamente al pasaje a la sociedad socialista y fundarlas en prácticas a expandir. La prefiguración anticipatoria de la que nos hablaba el sardo y los elementos de socialismo práctico del peruano, son formas de construcción y expansión de los gérmenes socialistas en el presente que han seducido a Mazzeo como potencia teórica y política para desplegar en las luchas populares latinoamericanas. Prefigurar, entonces, se convierte en la forma más genuina de transitar hacia el socialismo. Prefigurar, al fin, designa el pararse sobre los elementos existentes y sentar las bases del porvenir en las propias manos de sus protagonistas.

Cómo construir poder popular, que implica participación, involucramiento activo en las tareas colectivas de construcción social alternativa, es la pregunta fundamental que anima la práctica militante y guía las indagaciones de Mazzeo y la que lo llevó a leer a Mariátegui. Tal construcción supone, inevitablemente, hacerse cargo de la cuestión nodal de las herramientas organizativas necesarias para alcanzar el objetivo emancipador, que no pueden sino ser consistentes con la idea de prefiguración y de anticipación. Porque la manera de construir hoy es la que efectivamente puede aventurar un futuro planteado sobre bases firmes, en la medida en que no puede haber disociación entre la meta de un mundo mejor y las prácticas que la hagan posible. No hay un día

mágico en el que la “conquista del poder” nos hará buenos, si en el camino por transformar la realidad no se tiene conciencia de las nuevas prácticas que la propia lucha debe ir gestando.

Advertimos que esos elementos del socialismo práctico que Mariátegui encontraba latentes en las comunidades indígenas de su tiempo han tenido, ciertamente, un destino muy diverso según las experiencias históricas del despliegue de las relaciones capitalistas en cada estado nacional de América Latina. Porque las prácticas capitalistas tienden a romper, con su carga de individualismo exacerbado, las formas comunitarias. La paradoja de ciertas lecturas es que concebían que tales prácticas debían ser desterradas para dar paso a la modernidad capitalista, como camino ineludible para llegar al socialismo. Esta visión ha puesto siempre un énfasis excesivo en las condiciones materiales de producción “ideales” (en el sentido de estilizaciones tomadas de rasgos de lo real), entendidas como los mecanismos que permiten la obtención de nuevos bienes a extraer de la naturaleza, para colmar crecientes necesidades sociales. A largas siete décadas de los aportes mariáteguianos y su reivindicación de los elementos de socialismo práctico presentes en las comunidades indígenas campesinas, interesa más el sentido de este gesto de arraigar en las condiciones autóctonas la posibilidad de desplegar un socialismo “societal” y no estatista, que constatar cuánta supervivencia efectiva hay de estos elementos en las sociedades periféricas y globalizadas del siglo XXI. Interesa, sobre todo, como “núcleo duro” de pensamiento capaz de iluminar las transformaciones del presente.

En los últimos 50 años, el desarrollo capitalista supuso: 1) la producción de bienes de consumo masivo que operan como alfileres de seguridad muy efectivos de las condiciones sociales en cuyo seno se crean y 2) la expansión de medios de comunicación de masas a una escala que ha permitido unificar valores y deseos en torno a la sociedad de consumo, a partir de la producción de visiones con capacidad de alcanzar escala planetaria y de aplanarlas en un sentido unidireccional, del centro a los bordes, conforme discursos y prácticas hegemónicas que, en el decir de Frei Beto, organizan la globalización neo-colonial del Siglo XXI. Por eso la tarea de encontrar elementos del socialismo práctico o formas prefigurativas es hoy más compleja y, por eso mismo, más urgente que nunca. Porque así como Mariátegui entendía que lo importante

pasaba por demostrar el arraigo y la no ajenidad de las ideas socialistas en nuestro continente, como espacio de batallas intelectuales y morales, hoy nos encontramos ante el imperativo de desnudar las falacias de la promesa capitalista de bienestar exponencial y para todos. Y más aún, de demostrar la irracional insustentabilidad medioambiental de tales pretensiones de producción ilimitada.

Claro que esto también presenta sus paradojas. Porque la constatación de que las sociedades periféricas no podrían alcanzar nunca los estándares de producción y consumo del centro sin hacer estallar el planeta –amén de sin romper con los lazos que las amarran a una forma de despliegue capitalista dependiente y subordinado-, no inhibe la necesidad imperiosa para los pueblos de reapropiarse de los logros productivos, tecnológicos y sanitarios que la humanidad ha producido y de los que disfruta una ínfima porción de la población mundial. Parar de depredar la naturaleza, acabar con el consumismo irracional y destructivo, por ende, no puede implicar la renuncia a redistribuir esos logros básicos que hacen a la calidad de vida mínima de los pueblos. Porque las conquistas adquiridas por el esfuerzo de millones de hombres y mujeres a lo largo de la historia tienen que ser preservadas y ampliadas a quienes aún no han podido gozar de ellas. La pregunta, sin embargo, sigue siendo cómo. ¿Cómo parar la sobreexplotación de la naturaleza y de los hombres por parte de un sistema voraz que se encamina, por su propia inercia, a producir mayores colapsos ambientales y sociales? ¿Cómo redistribuir los bienes existentes? ¿Cómo gestar las condiciones que hagan posible nuevas formas de relación humana (solidarias, cooperativas, igualitarias, horizontales) capaces de producir condiciones de vida digna para el conjunto? ¿Cómo hacer para que el saber humano y la potencialidad creadora de la cooperación redunden en el bienestar colectivo y no en la miseria de la mayoría?

El libro de Miguel Mazzeo sobre la búsqueda socialista de Mariátegui es, sin dudas, un aporte valiosísimo para ir tejiendo respuestas valederas a estos interrogantes, que sirvan, sobre todo, a la práctica militante en procura de otro mundo al que urge cada vez más hacer posible.

Mabel Thwaites Rey

